



Lila Zemborain
El linaje escondido
Rosario
Beatriz Viterbo Editora
2024
177 páginas

PALABRAS CLAVE: HERENCIA – MEMORIA, HISTORIA – TOTALITARISMO
KEYWORDS: LEGACY – MEMORY – HISTORY – TOTALITARIANISM

Disolver la herencia. *El linaje escondido* de Lila Zemborain

Marina Maggi¹

Solo el amor puede combatir lo que conoce, pero en el amor lo indeseable a sí mismo se extermina.
Lila Zemborain

El totalitarismo es el secreto revelado.
Jacques Derrida

En 1978, en la casa de campo de su familia en Buenos Aires, mientras su abuela paterna agoniza en una habitación próxima, Lila Zemborain da con un álbum de postales que perteneció a esta última. No se trata de un encuentro cualquiera, sino de un hallazgo en el que la sospecha y la sorpresa intercambian señas, desde uno y otro lado de la historia. La historia —propia en tanto refiere el asedio interno de lo

¹ Marina Maggi es Doctora en Literatura y Estudios Críticos y Magíster en Literatura Argentina, por la Universidad Nacional de Rosario. Su lugar de investigación es el Instituto de Estudios Críticos en Humanidades (IECH). Se desempeña como docente en el Taller de Escritura II de la carrera de Gestión Cultural, y dentro del Departamento de Italianística (U.N.R.). Desde 2022, es Secretaria Técnica de la Maestría en Literatura Argentina. Es Secretaria de Extensión del Centro de Estudios de Literatura Argentina. Colabora como corresponsal de Rosario en el Archivo Histórico de Revistas Argentinas (AHIRA). Mail de contacto: marinamaggi1988@gmail.com.

inasimilable— es la de un “mal” particular, “incomprendido” (79). Las postales, impresas en 1934, publicitan el régimen nazi. Ostentan, entre otras, imágenes del rostro de Hitler, apariciones públicas e íntimas protagonizadas por el dictador. Se trata de una serie de envíos que una prima abuela realizó desde Dresden a la propia abuela de Zemborain, en cuyo reverso se leen descripciones de una cura de época, preguntas por muertes y casamientos, recetas para cuidar el cutis. La autora decide esconder la colección, llevársela consigo. Salvadas de una posible destrucción y reservadas para el futuro (del) desconcierto, estas piezas aspiran al estatuto de un documento histórico, mientras que la proximidad con el pasado familiar las vuelve la prueba de un crimen indecible, ilocalizable. ¿Cómo se interroga el gesto impropio, cuya frivolidad roza el horror? ¿Para qué, por qué interpelarlo, sino para volver sobre sus puntos ciegos, decir de otra manera sus insistencias, recrear su legado? Entre 2004 y 2008, Zemborain ejercita una escritura en segunda persona — que hospeda gentilmente la austera negatividad sobre la que descansa la firma, los irreconocibles injertos de la voz—, en la que se amalgaman instantáneas biográficas y giros especulativos. Va en busca de las matrices inciertas y los ambiguos vasos comunicantes que ligan las propias inclinaciones vitales y estéticas a la alcurnia imaginaria que ideó para sí la madre de su padre, Justa Doce de Zemborain. *El linaje escondido* es el primero de los cuatro volúmenes de la serie “Álbum”, que asume la obsesión artística de abrirse paso en la selva genealógica.

Hay contraseñas que permiten atravesar la pretensión opresiva que se respira en la vieja casona: el brío de la vegetación, el desgastado ímpetu de los tapizados, la calidez de los muebles. El apego a la gracia de antaño amortigua “la desgracia de ser nieta” (53). Al salir de los aposentos, los viajes con la abuela a Europa (sobre todo el segundo) llegan para repetir escenas de descaro y desprecio, cuya reminiscencia hace guiños a la delicada ironía de la *recherche* proustiana, sin renunciar por ello a una febril mordacidad, que da por tierra con la añoranza doméstica. Allí, en el seno de la pretensión aristocrática de Justa, resplandece un desvarío impronunciable, inadmisibles. La invención del archivo familiar, su examen y catalogación, exigen una disposición estratégica hacia la traición, que no proscribiera una dosis de insólita camaradería.

Si ver el rostro de Hitler en postales familiares nos resulta pasmoso, casi insoportable, es porque el horror al que lo asociamos se superpone, en ellas, con un registro femenino inocuo, superficial, intrascendente. El desenfado de los mensajes, su trivialidad, es radicalmente incongruente respecto al estatuto simbólico del soporte. Como si nada estuviese ocurriendo, como si nada hubiese ocurrido, la correspondencia fue enviada, recibida, conservada. La brecha histórica entre los años treinta y la década posterior habilita la pregunta sobre la toma de consciencia de la destinataria: ¿sabía lo que estaba sucediendo en Alemania y Europa, mientras pedía

a su prima nuevas postales, mientras colocaba esvásticas en los libros de su biblioteca? Y luego, cuando fue imposible no saberlo, ¿qué la llevó a mantener consigo esos recuerdos? Recuperar la vida secreta de esos objetos, actualizar su envío, hacerlos decir otra cosa (lo que su galante discreción u olvido los preservaba de decir), es una operación riesgosa, ya que expone la escritura a la máxima prueba que puede depararle el presente. Si el totalitarismo comienza allí donde los hilos singulares de cada vida son cortados o expuestos, juzgados según valores que desconocen la singularidad de los afectos, los temblores, los estupores de la carne y el corazón, su contracara es la monumentalización de la banalidad, que aplasta las diferencias y codifica hasta los más mínimos detalles cotidianos. Todo acto se anquilosa entonces en pose, renuncia a su fuerza intrínseca en pos de la confirmación de la pertenencia del sujeto a un clan, un grupo selecto. En la frivolidad generalizada se cifra la intemperie de la historia, la instancia en que la potencia enunciativa es captada por la maquinaria del estereotipo. Del artefacto discursivo montado por el nazismo, de monstruosa precisión y pulcritud, quedan restos difíciles de asumir, retazos de un habla muerta, nacidos ya como fósiles o momias lingüísticas. Retomar estos enunciados es aceptar su ignorancia absoluta de toda culpa, toda inocencia. Ellos se enlazan para contar, una y otra vez, la misma fábula maravillosa: la restauración de un reino perdido. Han llevado a tal extremo la mineralización del idioma, que son irrefutables, inconquistables. ¿Qué puede hacer con ellos la poesía? Destituir la pretensión esteticista que recubre las palabras, raspar su pátina de odio, duplicarlas, hacer de ellas un segundo *cliché* desafinado, en el que haga nido la extrañeza. El ritmo de Zemborain, la intransigencia con que se aventura en los rincones desdeñados de su filiación, permite entrever una belleza decantada, ajena tanto a la malversación de la armonía clásica como a la plétora demoníaca de la ensoñación moderna. Una belleza capaz de respirar la emanación voluptuosa de un secreto heredado, sin repetir sus cláusulas.

Frente a la ensoñación aristocrática de la abuela, su nostalgia majestuosa, la escritura autobiográfica se exige “poner en foco” (31) la “certidumbre del delirio” (29), el cruce entre la lucidez clandestina (hubo un saber que no quiso volver sobre sus pasos, desandar lo dicho, admitir su abismo) y la alucinación teatralizada (en la que la demencia pone en escena la cristalización de una promesa inconciliable). Su clave, ese paisaje que inventa para los lectores, la reversibilidad de la luz. Lo que vemos cuando cerramos los ojos, en el rojo palpitante de los párpados: la disolución de las siluetas del mundo y de la letra, ese otro lado de la mirada expuesta al envés de la piel. La recámara interior, suerte de contra-postal, difumina los índices y figuras del ominoso matriarcado, a sabiendas de que, en los débiles pulsos o trasgos que deja aquella tenue destrucción, persisten texturas, colores, cadencias en las que el amor —siempre en la flor ajada de la piel, siempre irredento— teje su testimonio.

En pos de una éfrasis difícil –lo monstruoso incita la descripción pasmosa, mientras que la hiperbólica aversión con que nos tracciona resguarda, como un dragón, gérmenes invisibles, apenas amparados, de otros contextos factibles–, la prosa resiste modestamente, siguiendo las pistas paternas, la plácida seducción de la inocencia. No es tarde, aprendemos, para rechazar el blanco imperio y sumergirse en una espera incomprensible. Solo en la clandestinidad del sueño deshonado se revelan, tenue y enérgicamente, los nombres borrados.

Dejo el sueño que no me ha dejado
Y sigo mi anónimo camino
Lúcido y a la vez adormecido (140).

Qué otro arcón, entonces, sino el poema.